

Sobre historia de ayer y de hoy, . . .

Gaceta de la Fundación José Antonio Primo de Rivera – nº 193 – 29 de noviembre de 2016

En este número

1. El decoro de morir por una idea, *Manuel Parra Celaya*
2. Los miserables, *Emilio Álvarez Frías*
3. El escritor falangista Luys Santos Marina, *José M^a García de Tuñón Aza*
4. 40 años de la Ley de Reforma Política:
 41. El escenario de un cambio, *Honorio Feito*
 42. El día que el franquismo votó por la reconciliación nacional, *Juan Fernández Miranda*
 43. Fernando Suárez: «Aquella noche la gente salió impresionada», *Juan Fernández M.*
 44. Lorenzo Olalde: «Todo se puso muy mal cuando empleé la palabra democracia.
Juan Fernández Miranda
5. La puerta cerrada, *Jesús Flores Thyes*

El decoro de morir por una idea

Manuel Parra Celaya

Estoy acostumbrado a expresar mis razones estén o no de acuerdo con la opinión pública o con la *opinión publicada*. Esto no encierra un prurito personal de quedar como el *enfant terrible*, sino de ser consecuente con un estilo, que, como sabemos, *es la forma interna de una vida que, consciente o inconsciente, se refleja en cada hecho y cada palabra*. Esta actitud mantenida puede acarrear que otras personas, aun cercanas, lleven su legítima discrepancia conmigo al disgusto. ¡Qué le vamos a hacer! Lo entiendo, pero no puedo evitarlo, como exigencia de ese *imperativo poético* del modo de ser falangista.

Me ha ocurrido hoy con el fallecimiento de Fidel Castro, longevo dictador cubano, para unos, un líder revolucionario y eterno *comandante*, para otros, un tirano cruel. No entro ahora en el debate ni tan siquiera en un juicio de su ideología, que pronto derivó hacia el marxismo, y de la que, por supuesto, me considero oponente. Me refiero al espectáculo de los exiliados en Miami, que celebraban el histórico, y natural, acontecimiento con música festiva, bailes y brindis. Y me ha recordado –salvando las distancias en todos los órdenes– a quienes, en los inicios de la Transición y mucho después, presumían de haber destapado botellas de cava al enterarse de la muerte de Francisco Franco. Mientras que yo –que no me sentía franquista– acudí a su entierro en Cuelgamuros.



No he dejado de pensar en la posible similitud de la catadura moral –que no política– de quienes celebraban entusiastamente la muerte natural –en la ancianidad y en su cama– de un adversario, al que no tuvieron arrestos de derribar de su pedestal en vida, mientras que ahora pretenden ultrajar. Todo ello –insisto– sin entrar en valoraciones o juicios históricos.

Decía Rafael García Serrano que él era muy dado a *echar padrenuestros* por todos los difuntos y que, incluso, al enterarse de la muerte de Stalin, hizo lo mismo. Quizás porque nuestra religión nos invita a rezar por el alma de todos los difuntos, sin juzgar sus méritos o deméritos, ahora que están ante el tribunal de Dios y entregados a su Misericordia.

Desde un punto de vista humano, no he podido menos que recordar también la nota que José Antonio publicó en *Arriba*, el 11 de abril de 1935, al enterarse de que unos desalmados habían profanado las tumbas de los capitanes Galán y García Hernández, fusilados por la intentona de proclamar la República; manifestaba en esa nota «*su repulsión hacia los cobardes autores de semejante acto*» y añadía que cualquiera que estuviera de acuerdo «*con tan macabra villanía*» no tendría cabida en la Falange porque «*en sus filas se conoce bien el decoro de morir por una idea*».

Los Miserables

Emilio Álvarez Frías

Fue Víctor Marie Hugo quién, en 1862, escribió *Los Miserables*, novela de crítica social memorable, probablemente desconocida por las generaciones actuales dado lo poco que se editan los textos de los autores que han marcado historia, y lo poco que se lee, sobre todo en estos tiempos de redes sociales donde los escritos se reducen a unas pocas palabras escritas telegráficamente.

En *Los Miserables*, Víctor Hugo describe la realidad desesperanzada de los sectores bajos del París del siglo XIX, y retrata magistralmente una época plagada de revueltas y cambios.

Novela, por supuesto, pero también Historia de los acontecimientos que cambian la faz del mundo, historia social e historia de mentalidades. Sin olvidar la dimensión poética y el aliento épico presentes en la mayoría de sus capítulos.

Evidentemente nuestra intención no es relatar el contenido de la inmortal novela de este autor



francés, donde se hace presente la ley, la política, la ética, la justicia y la religión, sino hablar en un sentido absolutamente opuesto. En Víctor Hugo estaba presente la reivindicación de los miserables en una sociedad donde iba surgiendo la clase acomodada al tiempo que la industrialización producía el proletariado.

Nuestro comentario sobre los miserables se sitúa en los tiempos presentes, en los que los herederos de la clase acomodada han decidido echarse a las barricadas del poder para controlar despiadadamente a los situados en las clases más

bajas para, con promesas imposibles de cumplir, servirse de sus votos con el fin de encumbrarse e implantar un orden dictatorial y controlador de la vida de los nuevos proletarios, los españoles en nuestro caso.

Estos individuos demuestran su mezquindad, la falta de toda moralidad, sentido de la justicia y valores de cualquier tipo en cuanto surge la oportunidad, o la provocan ellos para hacer valer sus postulados.

Ahora han puesto en pie su catadura con motivo de la muerte inesperada de Rita Barberá. Una mujer que, ella sola, hizo más por su ciudad, Valencia, por España, a lo largo de 24 años de servicio público que todos estos miserables juntos harán en su vida. La persecución a la que la sometieron como figura emblemática del partido al que pertenecía la ha llevado a la tumba.

Ya a finales de septiembre, en el último whatsapp que envió a Carlos Herrera, mostraba su estado de ánimo: «Estoy rota, todo es injusto, desproporcionado e inhumano. Aún no he podido acostarme de dolor. Nunca perjudicaré ni a Mariano ni al PP. Pobre España».

Esta tropa de Podemos demostró su catadura al abandonar el Parlamento cuando se iba a mantener un minuto de silencio por tan destacada mujer; las manifestaciones de Pablo Iglesias, de Alberto Garzón y demás morralla ha sido de la peor calaña que se pueda uno imaginar. Herrera les hacía la siguiente pregunta por los micrófonos de la COPE: «Iglesias, Garzón, Errejón y compañía se ausentaron del minuto de silencio porque era una corrupta, y ¿cómo lo sabéis si no ha habido una sentencia? Sois vosotros los que emitís la sentencia... guardar un minuto de silencio es dar el pésame nada más. Ayer la basura se comportó como basura, ¿o es que no sabemos cómo son? En cualquier caso descansen en paz, Rita Barberá no se merecía este final».

Que tomen nota de la catadura moral de estos individuos que se agolpan en torno a Podemos en sus diversas marcas. Ese será su comportamiento mientras existan, pues no les importa el ataque inmisericorde a las personas si su objetivo es destruirlas; ni aprovechar los votos de los votos de sus seguidores para llevar adelante las doctrinas que conforman su ideario aunque los suman en la miseria más absoluta; ni valerse de sus manifestaciones para destruir el orden y la convivencia. Son una lepra que le ha salido a la sociedad española y es necesario tomar las medidas para erradicarla.



Tristes, pues este comportamiento que no es el de los hijosdalgos de España, salimos a los caminos a buscar hombres buenos, decentes y honrados que saben descubrirse ante la muerte y rezar un padrenuestro y un avemaría. Y lo

hacemos acompañados de un botijo de los alfares de la valenciana Manises, conformado con dos conchas de peregrino compostelano, Camino por el que probablemente andaré su ánima.

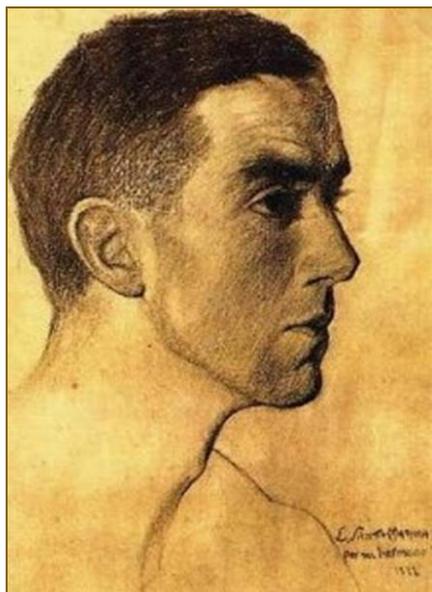
El escritor falangista, Luys Santa Marina

José M^a García de Tuñón Aza

El mismo año que nacían en España escritores y poetas como Federico García Lorca, Rosa Chacel, Dámaso Alonso y Vicente Alexandre, llegaba a este mundo, un 4 de enero de 1898, en Colindres de Cantabria, Luis Gutiérrez Santa Marina, «hidalgo sin fortuna, obsesionado por lo heroico y devorador apasionado de la literatura *imperial* del siglo de oro», que se hizo falangista en su juventud y que, a través de algunos escritos suyos, de manera poética, cantó a Castilla «de cielos altos y anchos sobre hazas»; como también la cantaron aquellos hombres que pertenecieron a la *Generación del 98* y que formaron la concepción literaria más universal de la España contemporánea. La Castilla de la que también nos habló José Antonio, depositaria de valores eternos cuya tierra absoluta y cielo absoluto se miraban. Por eso quiso que fuese el día 7 de octubre, y en Burgos, el acto de presentación de Falange Española. Escogió esta ciudad y aquella fecha por su doble simbolismo: porque es cabeza de Castilla, el lugar del Cid, y porque el 7 de octubre es el aniversario de Lepanto «la más grande ocasión que vieron los siglos»; pero el gobernador burgalés no autorizó el acto y tuvieron que aplazarlo al día 29 en el Teatro de la Comedia de Madrid.

Santa Marina, después de hacer estudios de Derecho en la Universidad de Oviedo sin que llegara a terminarlos, se instala en la ciudad de Barcelona, donde, tras una breve estancia en Madrid, encuentra trabajo en un negocio de publicaciones sobre Arquitectura que era de unos parientes suyos: los Canosa Gutiérrez. En esta ciudad pasó la mayor parte de su vida y en ella murió. En 1924 publica su primera obra que llevará por título *Tras el águila del César. Elegía del Tercio (1921-1922)*, que «vino a ser prohibida tanto por la Dictadura como por la Dictablanda, igual por la República que por el Estado nacido un 18 de Julio», lo cual no deja de sorprender.

En 1927 aparece su segundo libro titulado *Tetramorfos*, y a continuación *Domus*, que sigue la misma línea que el otro desde el punto de vista de algunos críticos. Después aparecen los que llevarían por título *Labras heráldicas montañesas*, que demuestra su interés por la Heráldica, y



también *Estampas de Zurbarán* (en colaboración con Andrés Manuel Calzada) que Santa Marina publica en la editorial de sus parientes. En años posteriores aparecerían *Vida de Juana de Arco*, y *Vida de Isabel la Católica*. En 1933 edita el que llegaría a darle el mayor de los éxitos que tituló *Cisneros* y del que seguiremos hablando. Otros títulos fueron: *Baltasar Gracián. Páginas escogidas*, que es una antología del autor aragonés; *Retablo de Reina Isabel*, que escribe desde el Castillo de Monjuich en 1937, según él mismo manifiesta *Italia, mi ventura*, para algunos el libro más bello que escribió; *Últimas guerras del Gran Capitán*; *Las nubes de antaño*, curiosa antología de sermones; *La vida cotidiana de nuestros clásicos*, que es, en realidad, una continuación del anterior; *Perdida Arcadia*; *Karla y otras sombras*; *Alonso de Monroy*; y *Hacia José Antonio*, libro éste que tanto esfuerzo le costó escribir, en palabras del propio autor, y del que quedó descontento por las lagunas que el lector pudo hallar después de que muchas cuartillas quedaran en el camino, quizás más de las publicadas. Por otro lado, no debemos de olvidarnos del prólogo que

escribió para la novela titulada *Se ha ocupado el kilómetro 6*, famosa narración de guerra de Cecilio Benítez de Castro que obtuvo un gran éxito y que fue quizá una de las mejores versiones sobre la guerra civil.

El ya citado libro *Cisneros* aparece en las librerías en mayo de 1933 y forma parte de un ciclo de estudios sobre la reina Católica y su época, en el que venía trabajando desde hacía años. Fue este libro el que leyó Julio Ruiz de Alda cuando intuyó ver en él que su autor tenía que ser forzosamente falangista, por lo que mandó buscarlo: «Cuando me encontraron, dice Santa Marina en una edición posterior (principios de diciembre) ya estaba alistado en sus Milicias» porque el pensamiento de José Antonio ya había arraigado y enraizado en él y su figura estaría siempre en su vida.

En la ciudad condal funda y dirige en 1932 la revista literaria *Azor*, en colaboración con el poeta Félix Ros y el novelista, autor teatral, crítico y poeta Max Aub, gran amigo suyo a pesar de las diferencias que podía haber entre ambos desde el punto de vista político. Colabora también en la revista *Cruz y Raya*, en la que llegaron a escribir Xavier Zubiri, Jacques Maritain, Miguel de Unamuno, Pablo Neruda, Emmanuel Mounier, Miguel Hernández, Luis Rosales, etc. Una vez finalizada la guerra civil aparece, en noviembre de 1940, la revista *Escorial*, donde colabora. Escribió también en *El Español* que había fundado y dirigido el antiguo jonsista Juan Aparicio quien llegó a dedicarle un artículo que decía, entre otras cosas: «...pero no demasiados españoles han gozado de la buenaventura de que el 22 de diciembre de 1936, el 14 de abril de 1937 y el 31 de mayo de 1938 les condenasen a la horca, al patíbulo o a ser carroña vil frente al pelotón de fusilamiento como nuestro Luys Santa Marina...».

Santa Marina fue, sin lugar a dudas, uno de los que mejor comprendieron a José Antonio. Jamás se situó entre los que esperaron repartirse las ganancias. Entendió y creyó en José Antonio y

cuando lo recuerda dice que entró en él más por el corazón que por el cerebro, convenciéndole siempre «el primero en todo, y con aquella cordialidad tan suya, tan española, aquel compartir el peligro y el pan con su gente, y saber el nombre de todos, y tratarlos siempre como hermanos, quitándose el bocado de la boca para dárselo, lo mismo que Trajano hacía». Siempre estuvo presente en él, en su obra, en su manera de ser y actuar, no dejando nunca de reconocer lo mucho que le enseñó.

El 15 de septiembre de 1980, víctima de una arterioesclerosis que venía padeciendo y que lo tenía postrado desde hacía algunos años, fallece Luys Santa Marina. A su muerte su amigo Rafael García Serrano le dedica un amplio recuerdo en el que, entre otras cosas, decía: «Su manera de escribir parecía nacer en los campamentos de Isabel la Católica, entre los Tercios del Gran Capitán, entre los artesanos que labraban la piedra para las fachadas platerescas, y Luys semejaba un fraile de Cisneros, un Capitán en Granada, un amigo de Vázquez de Arce. Nadie escribió como él de la Legión española... Luys Santa Marina vivirá siempre con nosotros y también cuando nosotros desaparezcamos, porque es carne inmortal de la lengua española». Con su desaparición las letras españolas perdieron una figura que no ha sido debidamente estudiada ni reconocida por ninguno de los que hoy ostentan los resortes de la cultura, precisamente porque fue falangista.

40 años de la Ley para la Reforma Política: el día que el franquismo votó por la reconciliación nacional

El escenario de un cambio

Honorio Feito

Se cumplen cuarenta años de la Ley para la Reforma Política. Dos de los cinco ponentes que la tramitaron y defendieron, han recordado, cuatro décadas después, las vicisitudes y los obstáculos que tuvieron que vencer para que el paso a la democracia fuera posible. Se trata del ex ministro Fernando Suárez y de Lorenzo Olarte. No resulta fácil entender lo ocurrido fuera del contexto en el que se produjo este cambio. Para las jóvenes generaciones de españoles que han nacido en el actual régimen democrático, la referencia a la Ley que permitió a las Cortes franquistas guillotinar su propia existencia y abrir los cauces políticos para el desarrollo de un



régimen basado en la democracia participativa, al estilo de la de los países de nuestro entorno europeo, la referencia les resulta tan lejana como ajena. Sin embargo, las generaciones de españoles que vivieron aquellos acontecimientos aún guardan en su memoria el recuerdo de la incertidumbre ante un futuro perplejo e inseguro.

España, que al comienzo de la década de los años 70 del siglo xx había alcanzado un desarrollo social y económico sin precedentes, se mantuvo ajena a la crisis internacional del

petróleo, y se entregó a la exigencia de los avances políticos. Los indicadores registran en aquel tiempo un incremento de la conflictividad laboral, en parte consecuencia de haber lanzado los sindicatos a los trabajadores como arma arrojadiza de la política del cambio; los principales conflictos tuvieron lugar en Madrid, Barcelona y Vascongadas. En Vitoria, la huelga general produjo graves desórdenes con 5 personas muertas y más de cien heridas. El país parecía haber caído en un caos. La conflictividad llevó a una reducción de horas laborales y un incremento del

gasto. España paralizaba su producción pero seguía consumiendo al ritmo acostumbrado. En palabras del ministro Villar Mir en Las Cortes, en los dos años anteriores a 1976: «hemos consumido más de lo que hemos producido», y como consecuencia, en 1976 teníamos problemas de inflación, de la balanza de pagos exteriores, del estancamiento de la producción, de la amenaza del paro creciente y de la falta de recepción de inversiones. España había dejado de ser competitiva para Europa, pero ambiciosa en la conquista de libertades políticas.

Desde el punto de vista social se produjo un notable desarrollo del terrorismo y un considerable aumento de la delincuencia.

La exigencia de cambios sobrepasó la política de Carlos Arias Navarro y el Rey lo sustituyó por Adolfo Suárez el 3 de julio de 1976, cuyo nombramiento dejó un tanto perplejos a muchos de los que conformaban entonces la clase política. En los meses finales del año, el Rey Juan Carlos, con Torcuato Fernández Miranda como Presidente de Las Cortes, y Adolfo Suárez como nuevo presidente del Gobierno de España, impulsaron la Ley de Reforma Política que se debatió en tres días, en cinco sesiones plenarias, y que registró los siguientes datos: 425 votos a favor; 59 en contra y 13 abstenciones. Las Cortes franquistas habían dado un paso importante para la liquidación del régimen que había nacido el 18 de julio. Los españoles fueron convocados a referéndum el 15 de diciembre para votar por un contundente 94,2% a favor de la Reforma. Empezaba la Transición.

El día que el franquismo votó por la reconciliación nacional

Juan Fernández-Miranda

(ABC)

De los múltiples aplausos que resonaron en el hemiciclo de las Cortes al anochecer del 18 de noviembre de 1976 hay uno especialmente simbólico. No es el que la inmensa mayoría de los procuradores dedica al Gobierno, ni el que todos los ministros sin excepción devuelve a los procuradores. Es el aplauso que el presidente del Gobierno, Adolfo Suárez, dedica al presidente de las Cortes, Torcuato Fernández-Miranda, segundos después de pronunciar la frase que llevaba muchos meses esperando:

–El proyecto de ley ha sido aprobado. Se levanta la sesión.

Todas las miradas se centran en el presidente del Gobierno, también las cámaras de Televisión Española. Trece millones de españoles le ven cerrar los ojos y reclinarse sobre el escaño azul en gesto de alivio: la reforma política ha salido adelante. Tras ese primer gesto, Suárez se levanta y se suma al aplauso. Entretanto, el presidente de las Cortes, se pone de pie y recoge sus papeles, no sin que se le escape una leve sonrisa. En ese instante, Adolfo Suárez se gira y dedica un efusivo aplauso al presidente de la Cámara, mientras asiente repetidamente con la cabeza. En los últimos meses ambos han trabajado en perfecta coordinación para sacar adelante un proceso político

El triángulo formado por el Rey, Torcuato Fernández-Miranda y Adolfo Suárez acaba de superar el hito más importante en el camino hacia la democracia, la eliminación de facto y legalmente de todo el andamiaje jurídico del franquismo y la convocatoria de elecciones libres. Y lo más importante: lo ha hecho con el voto afirmativo del 85 por ciento de los procuradores de las Cortes de Franco. Casi cuatro décadas después del final de la Guerra Civil, España se dispone a afrontar la reconciliación nacional.

El Pleno de la Reforma duró tres días y no estuvo exento de dificultades. El presidente de las Cortes había seleccionado cuidadosamente al equipo encargado de defenderla: primero, nadie que haya hecho la Guerra; segundo, una señora, Belén Landaburu; tercero, un grande de España, Miguel Primo de Rivera; cuarto, un sindicalista, Noel Zapico; quinto, un representante insular,

Lorenzo Olarte; y, por último, alguien de su familia, el sindicato y el municipio, los tres caminos de representación diseñados por Franco. Todo está pensando para facilitar la inmensa labor de persuasión que supone convencer a los procuradores. En los meses previos, el equipo de Fernández-Miranda en las Cortes y el de Suárez en el Gobierno han hablado con todos los procuradores, un total de 540.

No obstante, cuando empieza la primera sesión del pleno nadie tiene la garantía de que el proyecto vaya a recibir el respaldo necesario: 3/5 de la Cámara, lo que supone el voto afirmativo de 332 de los 497 procuradores presentes en la Cámara.

El debate comienza fuerte, pues dos enmiendas a la totalidad pretenden frenarla en seco: Blas Piñar, que califica el proyecto de «ruptura», y José María Fernández de la Vega, que arremete contra la otra España al calificarla de «misérrima oposición». Es Fernando Suárez quien responde:

-Hemos pensado siempre, y no desde hace unos meses, que los orígenes dramáticos del actual



estado estaban abocados desde sus momentos germinales a alumbrar una situación definitiva de concordia nacional, una situación en la que no vuelvan a dividirnos las interpretaciones de nuestro pasado, en la que no sea posible que un español llame misérrima oposición a quienes no piensan como él.

Superadas las enmiendas a la totalidad, el Pleno afronta el repaso al articulado. Todo transcurre con normalidad hasta

que Cruz Martínez Esteruelas, representante de la Alianza Popular de Manuel Fraga (que no es procurador), anuncia que su grupo no lo apoyará con el actual planteamiento de ley electoral. AP quiere un sistema mayoritario, frente al proporcional previsto en el proyecto de ley.

-O queremos pocos, pero fuertes grupos políticos, o queremos muchos y débiles partidos impotentes para hacer marchar la nación hacia delante.

Hay que negociar.

El duelo planteado por Esteruelas obliga a negociar. Nadie sabe con exactitud cuántos procuradores conforman AP, pero su fortaleza pone en riesgo la votación. Tras una dura negociación se llega a un punto intermedio: el sistema seguirá siendo proporcional, pero se establecerán mecanismos correctores. Sin embargo, eso no lo resuelve todo, pues más allá de las Cortes, hay una oposición fuera que debe aceptar la nueva redacción de la ley.

El presidente de las Cortes, el del Gobierno, tres ministros y los cinco ponentes están reunidos en el despacho del primero:

-¿Y cómo conseguimos que lo acepte la oposición? -pregunta Suárez.

-Yo creo -responde Torcuato dirigiéndose al ministro Alfonso Osorio-, que debes contactar con los socialistas.

Acto seguido, Osorio telefona a Carlos Ollero, autor de un documento firmado por los partidos de la oposición democrática con sus condiciones para apoyar la reforma política. Osorio le lee el nuevo artículo varias veces y Ollero le da el visto bueno.

-Pero hombre, consúltalo con Felipe... (González) -responde Osorio.

-No, si no lo necesito, ¡si está aquí!

El acuerdo, pues, se plasma con el consentimiento de la oposición democrática, que además revela excelentes intenciones para el pacto y para la reforma democrática.

El resultado de la votación es abrumador a favor de la reforma. El equipo formado por los presidentes de las Cortes y del Gobierno ha funcionado como un reloj. Cuando Don Juan Carlos aún no ha cumplido un año como Rey, España y los españoles se disponen a transitar el camino de la libertad.

Fernando Suárez:

«Aquella noche la gente salió impresionada: el cambio se podía hacer»

Juan Fernández-Miranda

La Ley para la Reforma Política fue el gran salto que permitió a España iniciar un proceso constituyente sin ataduras y la convocatoria de elecciones libres por primera vez en 40 años. Bajo la dirección del presidente de las Cortes, Torcuato Fernández-Miranda, cinco personas la tramitaron y la defendieron. Cuarenta años después ABC ha conversado con dos de ellos: Fernando Suárez y Lorenzo Olarte.

-En noviembre de 1976 usted era procurador en Cortes nombrado por el Rey don Juan Carlos. ¿Cómo se gestó su incorporación al equipo?

-Me llamó el presidente de las Cortes cuando el Gobierno ya había enviado el proyecto de Ley y a las Cortes. Me dijo: «Quiero que seas ponente de la Ley para la Reforma Política», y mantuvimos una conversación sobre el futuro de España. Antes de decirle que sí, le pregunté qué otras personas formarían parte de la ponencia. Me respondió: «Si tú no aceptas, no lo he pensado; si tú aceptas, los que tú quieras». Era falso de toda falsedad, lo tenía todo pensado, naturalmente. Torcuato tenía una inteligencia prodigiosa.

-Nada se dejó al azar, fue un equipo elegido al detalle.

-Gente que no había hecho la guerra y de nivel. Naturalmente estuve conformísimo, no hubo el menor reparo por mi parte. Además de a los ponentes, debemos recordar también a Fernando Garrido Falla, que como letrado nos ayudó muchísimo; y a Diego López Garrido. Eran los dos letrados asignados a esa comisión y colaboraron muy bien. Tenga usted en cuenta que se presentaron cientos de enmiendas.



-El reto político que asumieron ustedes era inmenso.

-Yo estaba de acuerdo con el fondo de la cuestión, pero me parecía abrumador. Y eso que en aquel momento yo ya había hecho muchas cosas, entre otras ya había sido ministro. Pero aquello era una responsabilidad tremenda. Nunca tuve tan alta responsabilidad.

-Su discurso pasa por ser probablemente el momento más emocionante del debate, cuando Fernández De la Vega calificó de «misérrima» a la oposición... y a usted le responde sobre la marcha con sus mismas palabras.

-Sí, Miguel [Primo de Rivera] defendió la ponencia y a mí me encomendaron la respuesta a las enmiendas a la totalidad, que suponía contestar a lo espontáneo. Fue importante. Yo tenía fama de buen dialéctico. Lo había aprendido de Fernández-Miranda, de quien fui alumno en Oviedo.

Blas Piñar estuvo brillantísimo y Fernández de La Vega, irritadísimo. Cuando dijo aquello de «misérrima oposición»...

-El mensaje político enviado a los españoles era una llamada a la reconciliación.

-Aquella noche la gente salió impresionada en el sentido de que el cambio se podía hacer. Lo importante era decir que el régimen no era permanente e inalterable. Cada uno votó lo que quiso, si quería o no, pero no si se podía o no se podía. Quedó digno.

-¿Fue el paso más difícil de la Transición?

-Sin la menor duda, pero hubo otros muchos. La legalización del PCE fue muy difícil, sobre todo visto desde la víspera. Y luego la Constitución, que también fue muy importante pero ya no tanto, porque había un gran acuerdo (aunque incluyó algunas contradicciones). Pero el paso decisivo fue que las Cortes de Franco decidieran convocar elecciones libres con sufragio universal.

-Durante aquel pleno de tres días, ¿la Reforma Política corrió peligro en algún momento?

-Corrió peligro, sí. Con el sistema electoral, y en algún otro momento. Adolfo Suárez estaba muy inflexible en el texto que el Gobierno había enviado al Congreso. Y hubo un momento en que se planteaba un problema con los senadores canarios, que eran muy difícil de repartir entre las islas. Suárez se negaba terminantemente a cambiarlo. Pero los canarios eran un grupo importante y si se enfadaban había riesgo de que se unieran al búnker. Yo fui a Castellana, 3 a tratar de convencer a Adolfo, y lo logré.

-Sin embargo, cuarenta años después surgen voces nacidas en democracia que critican aquel proceso.

-No conocen la Historia de España, o aparentan no conocerla. La Historia de España demuestra que es lo mejor que se pudo hacer. La democracia la quería todo el mundo. Lo que pasa es que unos la queríamos como desenlace del régimen y otros como alternativa rupturista, que habría sido un desastre.

Lorenzo Olarte:

«Todo se puso muy mal cuando empleé la palabra democracia»

-¿Qué pensó cuando le propusieron formar parte de la ponencia de la Reforma Política?

-Me lo propuso Torcuato Fernández-Miranda y en aquel momento me pareció que yo tenía muy poca categoría para una empresa tan ardua como aquella. Me convencieron bajo el argumento de que los cinco ponentes habían sido elegidos entre personas que no habíamos hecho la guerra. Ese argumento me pareció definitivo. Fernández-Miranda era un hombre de una inteligencia extraordinaria, pero de pocas palabras. Únicamente nos lo propusieron y aceptamos. Y nos pusimos a trabajar. Entre los ponentes destacaba Fernando Suárez, era un fuera de serie. Y fue muy relevante el papel de los letrados, que eran magníficos.



-En aquel momento, antes de ponerse a trabajar, ¿le pareció un reto asumible?

-Desde el primer momento se vio que había un deseo grande de articular toda la normativa para una España absolutamente en paz. Todos fuimos muy constructivos. Pero aunque de entrada había una cierta predisposición a que saliera bien, Suárez estaba acojonado perdido... y Torcuato también, pero era un hombre que no mostraba sus emociones.

-Su participación en el debate se produjo en uno de los momentos más tensos, cuando Alianza Popular amenaza con no apoyar la reforma con el sistema electoral previsto inicialmente.

-Así fue. El día antes yo había encontrado un libro de un franquista tremendo, Gonzalo Fernández de la Mora, titulado *El crepúsculo de las ideologías*, en el que era partidario del sistema proporcional, que es el que defendía la ponencia, frente al sistema mayoritario. Era un libro muy pequeñito y durante el debate yo lo llevaba en el bolsillo, con la intención de sacarlo para dar un golpe de efecto y desmontar los argumentos de Cruz Martínez Esteruelas (el representante de AP), que por cierto era un hombre de una categoría excepcional y, además, muy amigo. Yo lo tenía todo preparado para dar el golpe de efecto, pero de repente todo se me puso muy mal porque empleé la palabra «democracia». Hubo un ronroneo tremendo. Torcuato Fernández-Miranda tuvo que dar un toque de atención a la Cámara y darme amparo. Cuando los procuradores más críticos se me echaron encima, el presidente dijo: «El que no quiera escuchar al señor procurador, que se vaya al bar». Y añadió: «Yo también me iría al bar si no fuera el presidente de la Cámara», como dando a entender que él tampoco estaba de acuerdo conmigo. Pero en realidad estábamos compinchados, estábamos muy de acuerdo. Y así consiguió aplacarles.

-¿Fue muy difícil convencer a los procuradores?

-Fue bastante difícil, pero lo teníamos preparado. Imagínese: Yo tenía que defender la necesidad de una nueva Constitución sin emplear la palabra Constitución... En aquella época el presidente del Gobierno estaba sentado al lado del ponente, así que Suárez estaba a mi lado. Cuando los procuradores se metían conmigo, me decía «cambia de tema», por si se fastidiaba el debate y perdíamos la votación. Fue un pleno muy interesante.

-Aquel fue un éxito inmenso.

-Insisto, fue bastante difícil, pero aguantamos impasibles. Yo no me pongo nervioso. Cuando hoy me pregunta mi currículum, y he ejercido muchas responsabilidades, siempre digo «ponente de la Reforma Política».

Si quieres recibir la Gaceta en tu dirección, o que la reciban tus amigos, envíanos las correspondientes direcciones a: secretaria@fundacionjoseantonio.es.

La puerta cerrada

Jesús Flores Thies

Que los partidos residuales marxistas (Psoe...), aquellos que pululan por la política española, o los que podríamos denominar emergentes (Podemos...), se revuelvan feroces cada 20 de noviembre contra las posibles misas por Franco y José Antonio, es lógico. Ahora, por razones algo complejas, no pueden, como en otros tiempos, arrasar los templos, llevarse lo valioso y de paso matar al cura, al sacristán y a alguien que pasaba por allí con una medalla al cuello, por lo que eligen otros métodos, no por extraños menos eficaces.

Da la impresión de que los «Cerdos de la Granja» (políticos en el machito) se han agitado nerviosos en sus cochineras, y han lanzado a sus feroces «Perros Negros» a la calle para acabar con todo rastro de lo que llaman «franquismo». Y estos «perros», los del *El País* de Cebrián, los de *Público* de Sopena, los de *La Vanguardia* de los señores Condes, y otros muchos más..., han cumplido rabiosamente con su misión, y en este año de 2016 la reacción contra ese recuerdo del 20N ha sido abrumadora.



Lo que resulta sorprendente, si es que algo puede ya sorprender en España, es la actitud del «Mando» militar; la del otro «Mando», el de la Iglesia; y en definitiva, de la sociedad española que, al parecer, está formada por españoles. Nos duele, como militares y cristianos, el silencio de las instituciones militares en las que no hay la menor referencia a tan histórica fecha; y que en zonas con olor a cirio e incienso, se cierran las puertas de aquellos templos que se pudieron abrir gracias a la victoria del bando Nacional, y al sacrificio hasta la

muerte de mucho español heroico. Y ya, como desecho de tintera, ahí está la sociedad española que se benefició de aquella victoria capitaneada por Franco, que pasa de largo en el aniversario de su cristiana muerte.

Proliferan los monumentos y recuerdos de traidores como Maciá, de criminales como Companys, de ladrones y bellacos como Negrín o Prieto; abundan las calles y plazas con los nombres de la perversa «Pasionaria» o del genocida Carrillo..., y no pasa nada.

Se ha intentado encargar una misa por Franco y José Antonio por aquellos que cada año se sacrifican por los demás haciendo este trabajo, y cuando penosamente encontraron una, con la implacable condición de «no mencionar a ninguno de los dos», finalmente el «Mando» supremo, nos imaginamos que eclesial, ordenó cerrar las puertas a cal y canto para que allí no se pudiera rezar ni un «avemaría». Ha sido más eficaz esta orden para cerrar la iglesia que el peligro de una incursión de milicianos.



Negar la misa a dos españoles católicos confesos es muy duro, pero se ha hecho ante la indiferencia general y la babosa alegría de los de siempre. Si alguien tiene el estómago lo suficientemente resistente, que lea lo que dicen en Wikipedia o los foros sobre este tema de las misas del 20 N.

Pero hay todavía españoles a los que José Antonio denominaría inasequibles al desaliento. En este caso nos referimos a la Hermandad de Veteranos de la Legión, sita en el barrio de San Andrés de Barcelona, que ellos sí han abierto las puertas de su capilla para que los de dentro y los de fuera pudieran asistir a una misa como todos los domingos, esta vez para conmemorar esa fecha del 20 de noviembre, con un breve sermón valiente y evangélico que no admitía ni censuras ni prohibidos. A esta Hermandad se la quiere cargar la Colau y sus «Perros Negros». Por la televisión hemos visto un documental donde una mujer los tacha de «chulos y matones», y las presiones siguen, pero el

ángel protector de los viejos Tercios es incansable y eficaz.

Posiblemente el año próximo una orden ministerial borrará del calendario el día 20 de noviembre, repartiendo sus veinticuatro horas entre los días 19 y 21, que tendrán cada uno 12 horas más.

¡Arriba España!

La Fundación José Antonio, y sus actividades, así como la página web y esta Gaceta, han de subsistir necesariamente gracias a la aportación de patrocinadores y amigos. Por ello te invitamos a colaborar con nosotros mediante tu aportación dineraria, por pequeña que sea.

Puedes realizar tu ingreso en la cuenta abierta a nombre de la Fundación

ES23.0019.0050.0140.1010.8382

O pinchando en el siguiente enlace y allí encontrarás cómo. Gracias.

<http://www.fundacionjoseantonio.es/colabora-fundacion-jose-antonio>

Dentro de la libertad de expresión, la Gaceta de la Fundación José Antonio no limita los contenidos de sus colaboradores, salvo aquellos que atentan contra la moral, las buenas costumbres y la blasfemia, siendo responsables de lo publicado los correspondientes autores.